

DISCURSO DE RECEPCIÓN

en la Academia Colombiana de la Lengua,
del doctor Laureano García Ortiz, en la noche
de 3 de octubre de 1933

Señores académicos, señoras y señores:

El día once de junio del año de gracia de 1920 fui sorprendido por una no esperada, pero sí castiza y elegante comunicación, como que lleva la firma del inolvidable don Diego Rafael de Guzmán, en ese entonces Secretario perpetuo de la Academia Colombiana de la Lengua, por medio de la cual se me hacía saber que tan ilustre corporación, por el querer unánime de sus miembros, me invitaba a venir a su seno, como uno de los suyos, como gente de la casa. Respondí al punto aceptando agradecido y ufano la honra inesperada, con la sola inquietud, que oscurecía mi contento, de que otros colombianos notoriamente más señalados y mejor provistos, no traspasaban al propio tiempo el estrecho portal de vuestra casa; pues no debéis creer, insignes señores y Maestros, que yo pueda abrigar, ni por un instante, la imposible ilusión de que hayáis ejercitado, al elegirme vuestro compañero, la sublime virtud de la justicia.

Estas consideraciones son las que me conturban todavía al hallarme entre vosotros, y las que aguzan mi impresión de haber forzado una puerta tras de la cual, en justificada expectativa, esperan otros colombianos, vuestros camaradas en elevadas tareas, vuestros pares en nobilísimas disciplinas, vuestros émulos ante la consideración nacional.

Me llamásteis hace ya trece años y cuatro meses. En el largo espacio que media entre aquella elección

y esta recepción, la muerte hizo estragos entre vosotros, pero aún quedan y están presentes algunos de los responsables de tan visible atropello. Felizmente, al llenar en recientes días vuestros sensibles claros, habéis podido reparar algunas de esas injusticias y ya llegará la ocasión de reparar otras.

Bien sabéis que mi tardanza de años en acudir a vuestro llamamiento, no me puede ser imputada del todo. Ella fue debida a vicisitudes de nuestra vida nacional y de la vida de la propia Academia, y a largas peregrinaciones mías fuera del suelo patrio. Hoy, sólo me cumple agradecer desde el fondo de mi alma tan altísima honra, y pediros a vosotros y a los que ya se fueron, perdón por mi tardanza.

A nadie le confíe nunca mi secreta y tímida ambición de venir a sentarme entre vosotros y participar de vuestra sabia compañía. Y siempre soñaba con la empresa intelectual a que debieran consagrarse mis empeños, para alcanzar con ella tan alta recompensa.

La debilidad de mis fuerzas y las vicisitudes de mi vida, jamás permitieron que obra mía, merecedora de tenerse en cuenta, se llevara a cabo; pero vuestra benevolencia acudió en mi ayuda, colmó mi deficiencia, y al no encontrar allí labor digna de corona, premiasteis en mí el culto fervoroso, constante y desinteresado por las cosas del espíritu, y también mi oscura devoción a la honra e intereses de Colombia. Así se concilian en mi conciencia la convicción íntima de mi propia flaqueza y el respeto debido a vuestras libres y espontáneas decisiones.

En toda agrupación social que ha logrado satisfacer las primordiales necesidades de la materia, estas Corporaciones son exponentes de necesidades tan imperiosas como aquellas, de orden más elevado aunque menos tangible. En efecto, estos sabios e ilustres Institutos, simbolizan y consagran las exigencias del es-

píritu. Y si la esencia del hombre es el pensamiento, si es la inteligencia el atributo que lo constituye emperador no discutido de la materia organizada, estas Academias son, o deben ser, medida del poder intelectual de un pueblo, augusta cúpula de una nación, dedo índice de una alma colectiva levantado hacia el infinito.

En los tiempos que alcanzamos, por ventura todo se democratiza, hasta los discursos académicos; y esto debido, no sólo a las exigencias transformadoras del siglo, a la marcha incontenible y ascendente de la democracia (Dios la quiera siempre ascendente, es decir, hacia las alturas) marcha ya pronosticada, desde hace más de una centuria, por la sagacidad clarividente de un aristócrata, el Vizconde de Tocqueville.

Clertamente, la mayor cultura, el mejor gusto, la preciada sencillez, que se impone hoy en estos hospitalarios templos del espíritu, no consienten ya los discursos altisonantes, empingorotados, relamidos. La facticia y grandilocuente oración académica, úe moda en la mayor parte del siglo XIX, se lee o se escucharía hoy con la misma irónica curiosidad con que se contemplan en el Louvre o en el Museo Británico, las arcaicas vestimentas, los vetustos ornamentos de las damas medioevales.

Es así como, en los mismos parlamentos y Congresos, más propensos y más propicios que estos discretos recintos a toda clase de desbordes e intemperancias, ya los antiguos tenores están de capa caída, sueñan huecos, y la atención sólo se dirige a los hechos ciertos, a los razonamientos sencillos y evidentes, a la probidad intelectual. En los efectistas peroradores de antaño, a falta de razones, había pretextos; a falta de argumentos, había sofismas: donde no hallaban culpas, encontraban calumnias.

Mas volviendo a este noble ambiente, tranquilo y sosegado, al registrar que en él se experimenta tam-

bién el natural y necesario influjo de la vida, de su evolución y progreso, lo que ha venido a romper los moldes ya en desuso del estirado y almidonado estilo pseudo-clásico; mal llamado académico, que agarrotaba la lengua y el espíritu, no seré yo quien, entre vosotros y ante este ilustrado concurso, venga a defender, a cohonestar siquiera, la barbarie y el libertinaje en el decir, que al corromper el idioma, oscurece el pensamiento. Al atentar uno contra su lengua, atenta contra su alma, porque el lenguaje es la más directa, la más auténtica y la más legítima manifestación y emanación del espíritu, quien la ha trabajado, perfeccionado, acendrado, enriquecido y pulimentado durante la sucesión de los siglos. Organó espiritual, de formación tan lenta, de estructura tan fina y delicada, no se puede dejar modificar por la moda de un día, ni por intelectos rudimentarios o improvisados. Sólo la pueden tocar: o el genio inconsciente colectivo de las multitudes en el curso de siglos, o el genio consciente individual, con tacto, mesura y aciertos infinitos de un Dante, de un Cervantes, de un Shakespeare, de un Pascal.

Me atrevo a creer que la labor de las Corporaciones encargadas de la custodia y guarda del idioma, fuera del noble lema: «limpia, fija y da esplendor», debe dirigirse en cuanto al estilo a preconizar con el precepto y con el ejemplo, uno tan lógico, tan armónico, tan claro y tan sencillo, que trasparente sin velos el pensamiento, no obscureciéndole ni ocultándole con enrevesamientos, con rebuscamientos, con sutilezas, rehuyendo la deformación de las voces, el invento bárbaro e inútil de vocablos y la confusión o desnaturalización de las partes de la oración. Estas cosas hacen de la prosa y del verso, lo que las espesas celosías en las rejas florecidas sevillanas: los barrotes pueden ser artísticamente cincelados, la madreSelva y el jazmín

exuberantes, pero es preciso retirar todo-eso, para que el pensamiento aparezca noble, puro y sencillo, como la fascinante andaluza, que vale más que los forjados balaústres y las tupidas enredaderas, cuando abre la ventana de par en par.

Empero, no sólo las cuestiones de lenguaje y estilo deben preocupar a este Instituto. El no puede reducirse a un conciliábulo de eruditos, encerrado y arrinconado. Debe ser y es un órgano vital de la estructura nacional y como a tal le corresponde tomar su parte e interesarse entrañablemente en todas las manifestaciones de la vida de Colombia

Don Felipe Zapata fue miembro, y de los fundadores de esta ilustre Academia, la primera en la América española, no sólo en el tiempo, mas también en la alteza, merced al grupo humano excelso que la constituyó al nacer, ello va para sesenta y tres años. En su reemplazo fue elegido, con singular acierto, don Rafael Uribe Uribe.

Este no alcanzó a sentarse en tan señalado sillón, por una tragedia que enlutó a la República y que ella no puede ni quiere olvidar.

Por tan fatal destino, el elogio del uno no pudo ser hecho por el otro, y este sillón se ha mantenido mudo por cerca de veinte años, como tocado de tragedia. Daría miedo que fuera ocupado por quien fuera digno de él. Quizá por ello y por triste sino, sólo a la insignificancia le tocará devolverle la voz.

Tan desproporcionado antecedente explica y justifica mi embarazo y mi emoción, al intentar la evocación de las dos sombras augustas que se hallan tras de mí, seguramente irónicas e indulgentes al propio tiempo.

A poco que se medite en lo físico y en lo moral, en la fisonomía y en el temperamento de estos dos

grandes colombianos y eminentísimos liberales, y a pesar de ello, tan diversos, tan opuestos, hasta el más neto y definido contraste, se experimenta la tentación de deslizarse al socorrido y facticio procedimiento de una antítesis fácil, que pretendería ser impresionante. De inmediato, evocaríase la oposición física: Zapata, de estatura bastante menos que mediana, tronco robusto y gran cabeza, de melena castaña leonina, tez rosada y ojos azules de acero, cargados de pensamiento; Uribe Uribe, de talla procerca, esbelto, cenceño y enjuto, de cutis morena pálida, de cráneo y perfil de águila, de facciones netas, romanas, para medalla. Hasta ahí el contraste puede ser pueril, pero al menos es real, y así expresado puede ser hallado exacto.

Mas, si de ahí se adelanta, puede penetrarse en zona peligrosa, por lo pronto litigiosa, ya que de seguro oiríamos esta aserción dogmática, pero aventurada: Zapata es un hombre de pensamiento y Uribe Uribe es un hombre de acción.

Desde hace muchos años que a mí me preocupa esta definitiva y estupenda clasificación de los hombres, que, por simplista, resúltame precipitada. Alguna vez, con tal aforismo, se quiso o se pretendió desterrar de la escena pública a los hombres que algo pensarán, para que tomaran el timón aquellos que a sí mismos se consideraban como hombres de acción exclusivamente.

Para ciertas gentes, un hombre de acción es un señor robusto, que hace jornadas prodigiosas y tiene entre las piernas a un caballo por un tiempo casi indefinido; que prefiere en toda ocasión un taco a un libro, y que ingiere grandes cantidades de líquidos diversos. Tales señores son muy apreciables y muy útiles, pero no son los únicos hombres de acción. Entre Talleyrand, el pérfido diplomático, lleno de astucia y de malas artes, que conocía los resortes más ocultos de la política europea, que no se bullía del bufete o del salón, pero que hizo

bambolear primero y derrocar luego el imperio napoleónico; entre Talleyrand, decimos, y el Mariscal Murat, a quien su amo desataba como una tempestad a la cabeza de un escuadrón, el verdadero hombre de acción era el primero. Entre Edison, el solitario de Mungo-Park, ensimismado en su laboratorio, pensando y siempre pensando, rodeado de sus libros y de sus aparatos, pero transformando el mundo, la industria y la vida humana, entre ese Edison, decimos, y Sullivan, el boxeador gigante que mata un buey de un puñetazo, de seguro que el verdadero hombre de acción no es el último.

Mind and matter.

El doctor Núñez, remontando el Magdalena, tendido en el fondo de un champán, combinando sus complicadas evoluciones, parecía inerte; y el boga inocente, doblgado sobre el remo, en su brega sudorosa, se juzgaba el hombre de acción. Y es que la inocencia turba la visión de las cosas. Como dice Goethe: «¡Obrar es tan fácil y pensar es tan difícil!».

En verdad yo no concibo un verdadero hombre de pensamiento, desprovisto de las condiciones psicológicas apropiadas para traducir su pensamiento en la acción requerida. Un hombre intelectual no sería tal si no estuviera dotado del poder de inspirar, de dar cuerpo, de elegir los medios y los instrumentos que realicen su pensamiento. Si no fuera así, el tal hombre de pensamiento sería tan sólo un iluso inofensivo o un loco dañino.

A la vez, y por otro lado, no es posible que exista el llamado hombre de acción, sin el pensamiento indispensable para combinar, dirigir y encaminar tal acción a su necesario fin. El hombre capaz de una acción digna de tomarse en cuenta, es porque es dueño de un cerebro que la puede concebir, organizar y conducir. Si no es así, tal supuesto hombre de acción sería simplemente un carretero.

Quienes no ven esto claramente, y persisten en clasificar y dividir a los hombres en esas dos castas netas y adversas, no alcanzan a ver tampoco que con ello, en la forma y en el sentido en que lo hacen, no lograrán otra cosa que partir la humanidad en materia aquí, y en espíritu allá, o sea en brutos y en inteligentes. Y como los que tal hacen, son los que se llaman a sí mismos hombres de acción, ellos por sí mismos se colocan entre los brutos. Mas no faltó quienes así lo hicieran, y entonces se oyeron del asno las alabanzas.

La entera comprensión de los problemas políticos, tan complejos y tan delicados, exige facultades intelectuales y morales, innatas y adquiridas, de orden tan superior, que sólo mentes privilegiadas, ilustraciones muy extensas y caracteres muy enteros y elevados, pueden asumir la abrumadora responsabilidad de influir en la dirección de las colectividades humanas, ya que menuda equivocación o mínimo yerro en tan pretensiosa tarea, puede ser causa determinante de enormes daños y hasta de catástrofes irreparables para partidos y naciones. Y no obstante, es de verse, sobre todo en estos países incipientes, donde la determinación de un gobierno o la actitud de un partido pueden tener resonancias no previstas en el espacio y en el tiempo, que personas o entidades visiblemente no señaladas para el caso por la naturaleza o por la Providencia, con ánimo confiado y con corazón ligero, se ponen a mandar y dirigir.

En Colombia, a excepción de los curanderos de feria, nadie, sin la vocación científica, sin los estudios disciplinarios y sin la experiencia técnica, se pone a curar las dolencias de sus semejantes; a excepción de los tinterillos y piratas curialescos, nadie, sin disposiciones manifiestas y largas vigiliadas de preparación, es osado a impartir justicia en los altos tribunales o a arres-

tarse a las lides del foro, a excepción de los albañiles presumidos, nadie que no domine las ciencias exactas y las reconditeces del cálculo y las condiciones físicas de la materia, se pone a erigir edificios, a establecer fábricas, a canalizar ríos y a hacer ferrocarriles.

Pero, por peregrina ocurrencia, en estas tierras se ve que, en la ciencia intrincada de la política, en el arte supremo de gobernar a los pueblos, en el enigma indescifrable del destino de las naciones, en el manejo sutilísimo de las ideas, de las pasiones y de los intereses de los hombres, en todo eso se destetan los chiquillos, se desbaban los rústicos, se ejercitan los buhoneros y se pavonean los ignorantes.

Para aquellos hombres de acción, Felipe Zapata hubiera sido un ente indescifrable y extraño, un habitante de la luna, en una palabra, un factor insignificante. Y, hasta en Uribe Uribe, encontraron sobra de pensamiento y falta de actividad muscular, exceso de raciocinio y carencia de empuje. En verdad que son bien exigentes. Mas yo creo que Uribe Uribe, por su lado, no se hubiera hallado dispuesto a renunciar a sus conceptos de estadista continental, a sus talentos de escritor, a sus dotes oratorias, a su increíble eficacia de trabajador, a la disciplina de su carácter, a sus austeras virtudes, a todo lo que consiguió capitalizar en bienes morales e intelectuales con su estudio y con su reflexión y que lo hizo salir de filas, hasta llegar a ser un superhombre, para quedar reducido, tan sólo por complacerlos y por ser popular entre ellos, al mohicano ideal de esos caudillos de la acción desnuda, sin complicaciones intelectuales.

Para uno de esos hombres de acción liberales, la meta única, el resultado triunfal, sería, verbigracia, asegurar para un copartidario la elección de vicepresidente de la Cámara. Para uno de esos hombres de acción

conservadores, sacarse la rifa consistiría en poder situar en un comité electoral una ficha activa y astuta, capaz no de registrar, sino de determinar el resultado de las elecciones.

Ni aquél, ni éste alcanzan a comprender que la creación, merced a una labor intelectual y moral intensa, de un ambiente de opinión propicio a las ideas liberales o a los principios conservadores, es lo primordial y decisivo, y que todo lo otro vendrá por añadidura. Y que sin tal ambiente, creado por la inteligencia, ni aun la Presidencia de la República sirve para algo.

Debemos convenir, pues, que por todo lo expuesto, no sería fórmula apropiada para definir las dos altas y significativas personalidades de que trato, la de una oposición entre ellas, que le adjudicase a la una el pensamiento y a la otra la acción. Ambos, como toda personalidad humana sustantiva, fueron, al propio tiempo, intelecto y músculo.

Veamos, pues, otro procedimiento para bosquejar esas figuras colombianas tan originales y de tanta enjundia. Ni la ocasión, ni mis fuerzas, ni la resistencia del auditorio, podrían aconsejarme el intento desmesurado de estudiar a fondo sus características o de resumir sus biografías. En cuanto a Zapata, es preciso reconocer que las generaciones nuevas lo ignoran, no solo por alejamiento en el tiempo, sino por carencia de historia colombiana contemporánea. Por ello apoyaré mi concepto en breves rasgos. En cuanto a Uribe Uribe, aún tropezamos con su enérgica silueta y su memoria palpitante preside aún nuestras cotidianas querellas. Por ello, y porque a mí me tocó en suerte tratar de él en diversas ocasiones y en varios de sus aspectos, seré aún más breve, aunque no menos interesado.

En 1863 hallábase reunida la Convención de Ríonegro. El General Mosquera, victorioso en una guerra tremenda de tres años, acababa de derrocar al gobierno conservador. Dado su temperamento imperioso y arbitrario, apoyado en sus veteranos, en jefes divisionarios incondicionales, fanatizados por el prestigio y el predominio del caudillo, se consideraba amo y señor incontrastable de la situación política y de la Convención nacional. En torno de Ríonegro, en cualquier momento, podía concentrarse un ejército vencedor de 14.000 hombres, que le obedecía ciegamente. Casi la mitad de la Convención se inclinaba ante su soberana voluntad, y entre sus adictos se contaba Rojas Garrido, el primer orador del país. La otra mitad de la Convención, compuesta de liberales doctrinarios, aceptó la misión heroica de impedir en Colombia la implantación del régimen de caudillaje militar que, por desventura, ha predominado en otros países de América, y la de imponer el respeto a la ley y a las libertades ciudadanas.

Principió por no elegir al General Mosquera presidente de la Convención. Empezó luego la lucha contra las medidas draconianas implantadas por el gobierno provisorio del propio General Mosquera. Exageró hasta el límite, en la Constitución, las libertades públicas, y recortó hasta lo mínimo las facultades discrecionales del Poder Ejecutivo, sin ocultársele los inconvenientes de ello, tan sólo para salvar el concepto cívico, *sui generis*, neo granadino, amenazado por el temperamento más genuinamente bolivariano de nuestra propia historia.

El General Mosquera y sus amigos se exacerbaron hasta el rojo blanco con todo ello. Una hoja periódica de esta capital, *La Opinión*, publicó una correspondencia no firmada, admirablemente escrita y muy serena, procedente de Ríonegro, justificando esa política del liberalismo doctrinario. Al ser leída esa correspondencia en el propio Ríonegro, sin saberse su autor, el Ge-

neral Mosquera se encolerizó hasta el frenesí y con él todos sus partidarios. En sesión tempestuosa de la Convención, vociferó el General terriblemente contra el incógnito autor de tal escrito, calificado por él de ingrato y de traidor, provocando un estallido de ira contra ese desconocido en los militares de la barra, que requerían sus espadas y amenazaban con sus pistolas. El ignorado autor de tal carta, sin duda se hallaría cien codos bajo tierra. Felipe Zapata se puso de pie, con tranquila firmeza y, sin gestos teatrales, declaró ser el autor buscado e insultado y asumió plena la responsabilidad del escrito. Y en tal ocasión, como siempre, el valor fue mejor seguridad que el miedo.

Una sola vez, siendo estudiante en esta ciudad, pude ver a Felipe Zapata. Al verle en la tercera calle de Florián, me sorprendió su pequeña talla; me habían hablado de su dejadez indiferente y de su portentosa actividad intelectual. Cuando me fijé con intensa curiosidad en su cabeza leonada y en su mirada azul, luminosa y fría, me expliqué aquella categórica declaración de ese hombre civil ante las amenazas y los corifeos del General Mosquera, y muchas otras cosas de ese auténtico representante del liberalismo colombiano.

Pasada la Convención y la cortísima subsiguiente presidencia de Mosquera, vino la administración Murillo, que apaciguó los ánimos, buscó y halló ponerse en buenos términos con la Iglesia, reconoció el nuevo gobierno conservador de Antioquia e inauguró una política de equilibrio y tolerancia. No obstante, ya aparecía en los directores de la política conservadora en esta capital la simpatía por el General Mosquera, simpatía que un poco más tarde se tradujo en apoyo franco a su última candidatura presidencial. Sin duda, ellos esperaban más para su partido del viejo caudillo voluntarioso y autoritario, que del frío y tolerante doctrinario.

Cuando Mosquera fue Presidente por tercera vez,

pronto volvió a mostrar sus tendencias dictatoriales. Entonces, tres mosqueteros de pluma y del más genuino liberalismo, Felipe Zapata, Santiago Pérez y Tomás Cuenca, fundaron *El Mensajero*, para combatir la dictadura y dieron en tierra con ella. Quedó, desde entonces, establecido que, en Colombia, la pluma es arma más fuerte y eficaz que la espada. Nunca se ha hecho elogio más expresivo y autorizado de esas plumas, que aquel de don Marco Fidel Suárez, adversario doctrinario de ellas y eximio miembro de esta Academia; elogio sólo inferior al que hizo de Murillo en su espléndido discurso, al inaugurar, como Presidente conservador, la estatua de aquel Presidente liberal. Estos rasgos, entre otros, son la causa de que uno no se avergüence nunca en América de ser colombiano.

Mas tarde, en la segunda administración Murillo, vino Zapata a ser jefe del Gabinete, como Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores. Entonces presentó al Congreso sus célebres memorias de 1870 y 1871, sobre todo la primera, calificada por sus adversarios como un verdadero papel de Estado. En su estilo incomparable por lo nítido y por lo claro, con su argumentación insuperable, con honrada sinceridad jamás igualada, dió a conocer al país las flaquezas del régimen político, del cual era, él mismo, ilustre exponente. Esas declaraciones, unidas a las de otro liberal catoniano, don Francisco Eustaquio Alvarez, han constituido el arsenal de donde tomaron los adversarios de ese régimen las armas más eficaces para combatirlo. Ocurre que algunos políticos, de uno y otro bando, ofuscados por el espíritu sectario, no han podido nunca comprender ni imitar tan sana lealtad, sólo inspirada en el bien integral del país y en el honor del propio partido. Aquellos dos pro-hombres estuvieron siempre listos a sacrificar la vida por su causa política, pero nunca a disfrazar sus faltas o deficiencias. Consideraban el par-

tido como medio de servir a la nación, pero jamás pensaron que ésta pudiera ser servidora de aquél, o que la patria pudiera ser sacrificada en aras del partido. Por ello cuando éste erraba, era preciso reprimirlo y corregirlo, antes de que perjudicara los intereses de aquélla.

En el correr del tiempo vino el doctor Rafael Núñez y, como jefe del Estado, mostróse dispuesto a rectificar el régimen liberal o a reaccionar contra él. Sagaces políticos conservadores lo impulsaban y apoyaban en tal vía. De los tres liberales de *El Mensajero*, Cuenca había muerto, Zapata y Pérez se asociaron de nuevo para combatir en *La Defensa* la nueva orientación del Presidente Núñez. Quienes no comulguen en las ideas de ese periódico, pueden leerle, sin embargo, como muestra de excelente literatura política. Por entonces, agosto de 1880, apareció en *La Defensa*, precedido de una carta dirigida a su director, un largo panfleto bajo el título *La responsabilidad del partido conservador*, reproducido luego en folleto de extensísima circulación, escrito al parecer por un conservador de muchas campanillas, muy bien informado de la política interna e íntima de su partido y con citación textual de documentos confidenciales y auténticos. Combatía la inteligencia del partido conservador con el doctor Núñez, desde su punto de vista, por inconsecuente y por inconveniente, con claridad meridiana, con seriedad y seriedad. Nada más lógico, nada más preciso, nada más ingenioso. Quien lo tomaba en mano no podía dejarle hasta no llegar a su fin. Rivalizaba sin desventaja con los panfletos políticos famosos y ya clásicos de Paúl Louis Courier. Lo más grave para la empresa política del doctor Núñez fue que tal producción venía a darle formidable apoyo a dos tendencias conservadoras, opuestas a toda inteligencia de ese partido con el propio doctor Núñez, a saber: la una encabezada por el venera-

ble paladín de la fe y de la moral católica, doctor José Joaquín Ortiz, benemérito redactor de *La Caridad* o *Correo de las Aldeas*, polemista a lo Louis Veulliot, y sincero y fiel como un cristiano de las catacumbas. Este se oponía a la liga política del partido católico con el doctor Núñez, porque en su sentir constituiría una flagrante inconsecuencia doctrinaria, inspirada en criterio genuinamente utilitarista. La otra tendencia, dirigida por Manuel Briceño, ardoroso, inquieto, combativo jefe de la juventud conservadora. En su periódico *El Bien Social*, excomulgado solemnemente por el directorio nacional conservador, y en el segundo volumen, inédito en ese entonces e inédito todavía, a pesar de haberse impreso, de su historia de la revolución de 1876 y 1877, combatía a aquella liga movido por la indisciplina ingénita de su temperamento y por recelo y desconfianza muy justificados en él, respecto al cumplimiento de las promesas por parte del doctor Núñez.

Como se ve, ambas tendencias se oponían al adelantamiento por parte del directorio nacional conservador, de su política de aproximación y apoyo al Presidente Núñez.

Aquel folleto produjo igual efecto al de la aparición del zorro en el gallinero. Era muy difícil rebatirlo en el campo de los hechos y en el dominio de la lógica. La prensa conservadora oficial, o mas bien directorista, hubiera preferido guardar silencio; pero no se habló de otra cosa durante meses. Así en la mesa de familia, los padres y los mayores no encuentran qué decir cuando un niño terrible suelta una verdad como un templo, imposible de recoger e imposible de comentar delante de las señoras. Tal folleto trastornador se llegó a atribuir al ilustre doctor Mariano Ospina Rodríguez, el ex-presidente de la Confederación granadina, la pluma política más autorizada y más hábil del partido conservador. Luego pudo creerse que era produc-

ción de don Recaredo de Villa, el Presidente conservador del Estado soberano de Antioquia, a quien le correspondió sobrellevar la terrible crisis de 1876, y retirado por entonces como bien reputado banquero en Guatemala. Pronto vino a saberse que el autor no era otro que Felipe Zapata.

Con su extraordinaria y flexible inteligencia y con su mucho saber, habíase introducido, para escribir aquello, en una alma conservadora, pero en una noble y perspicaz alma conservadora, lo que constituye el mérito originalísimo de ese recurso polémico.

Tal panfleto, y los dos subsiguientes en apoyo y desarrollo del primero, eran considerados por Carlos Martínez Silva, muy ilustre y experto perito, como los opúsculos más hábiles y trascendentales de nuestra literatura política.

El famoso Juancho Uribe dice por ahí, refiriéndose a esta misma Academia, que «Felipe Zapata forma con el razonamiento nudos de platino y deja en la polémica al adversario atónito». Y en otro escrito insiste sobre Zapata diciendo: «La fama gusta más de la palabra, y la gloria de la pluma. Zapata conoce todos los recursos del estilo.... Depende este dominio del pensamiento escrito, de su educación literaria, porque Zapata por simpatía, que nace de su propio mérito, ha buscado para divisar la extensión del arte y de la ciencia, no los colliados, sino las cimas. Sabemos que le son familiares Bacon, Pascal, Montesquieu, Bentham, Shakespeare, Víctor Hugo y Balzac».

Uno de los discípulos predilectos del doctor Santiago Pérez nos relataba antier, que ese gran maestro hace largos años le decía: «Nunca he conocido colombiano de más fósforo en el cerebro que Felipe Zapata».

El doctor Rafael Núñez solía decir: «Muerto Murillo, no le temo como adversario sino a Felipe Zapata. Por ventura es perezoso. Si Felipe tuviera la actividad

de su hermano Dámaso, tendríamos en Colombia un Napoleón».

En una colección, muy escasa de ligeros bocetos colombianos, hechos en colaboración por un grupo de jóvenes, ya va para medio siglo, tropezamos con esta semblanza:

«Escribe poco, habla menos y piensa mucho. En el cerebro de este hombre hay una constante elaboración de ideas; elaboración ordenada, serena, poderosa, semejante a ese invisible trabajo de la naturaleza que cambia en diamantes los carbones, en flor alada la oruga y en raso la saliva de un gusano. Si escribe, lee poco a poco, como para meditarlos, sus periodos, breves, incisivos, bruñidos, por decirlo así, con el inimitable cincel de su pensamiento, amparado casi siempre de la verdad, o al menos su vecino; y cuando habla en público, no sabéis qué admirar más: si su sobriedad o su dialéctica. Si no fuera por su escéptica pereza, Felipe Zapata no tendría en este país quien lo sobrepujase».

Tenemos, pues, de boca de Núñez y del texto de esta semblanza que Felipe Zapata era perezoso.

No podemos conciliar tal concepto con su labor hondamente trascendental. Ciertamente que no era un apresurado ni un agitado. Era, más bien, un meditativo que escogía sus momentos, que no desperdiciaba esfuerzos estériles o gestos infecundos. Pero, ¿cómo puede compararse lo que hizo con el resultado nulo de tantas actividades de ratón como vemos desarrollarse en estos mundos de Dios? Un día de su acción valía y trascendía mucho más que varios años de la agitación pueril de tantos mercachifles y de tantos gacetilleros.

Creo haber acertado mejor cuando, cualquier día incidentalmente dije:

«Ahí estaba Felipe Zapata, la más luminosa de las cabezas liberales, poderoso intelecto aplicado siempre a algo trascendental; pero cuya elegante y escéptica

negligencia en la baja maniobra política, le haría perder la presidencia por omisión de una visita o de un artículo de periódico».

Si ello fue así, lo que podía tranquilizar a Núñez no debió ser la pereza de Zapata, sino su falta de ambición y su desdén.

Y prescindiendo de no pocos datos y consideraciones sobre esa eminente personalidad, de especial significación en los anales colombianos, por no abusar de vuestra extrema cortesía, llegaré finalmente a su *canto del cisne*, tan triste como noblemente patriótico. El eclipse de su causa política, el exclusivismo del nuevo régimen en sus primeros lustros, las decepciones sufridas de amigos y copartidarios, le llevaron a Inglaterra, donde merced a sus talentos y actividades bien organizadas, alcanzó la honesta subsistencia de su familia por más de doce años. Por las huellas y recuerdos suyos que todavía pude encontrar en Londres, por los años de 1907 y 1908, bien podíase apreciar que, a su muerte, ocurrida cosa de seis años antes, persistía vivo y perenne en él un grande amor: la lejana Colombia, sacudida entonces por paroxismo mortal, en la tremenda guerra de los tres años (número fatídico). Desesperando ya de la salvación de su tierra heroica, condenada a desaparecer en la desmembración y la ruina, buscó un honorable y viejo amigo, también colombiano, para que le acompañase a firmar un manifiesto de paz, dirigido desde el otro lado de los mares a sus compatriotas en desgracia.

Allí les habló del estéril empeño de corregir males políticos por la vía de la violencia y de la guerra intestina, en la cual se destruía lo que se quería salvar. Allí les habló del inevitable retroceso de muchas décadas en la marcha del progreso material y moral del país. Allí les conjuró depusieran las armas en aras de la madre común. Allí le pidió a la revolución que de-

clarara la paz y a los poderes establecidos que reconocieran el derecho de la mitad de los ciudadanos que producían y pagaban impuestos, a intervenir en el manejo de los intereses colectivos. A unos y a otros que aprendieran a convivir y a cooperar en interés de todos. Y así se despidió de la patria, de la cual era uno de sus más nobles ornamentos.

Me queda la satisfacción como colombiano, como liberal y como amigo, de que he aprovechado cuantas ocasiones convenientes y discretas se me han presentado, para rendir cordial testimonio de respeto y de cariño a la memoria del varón fuerte que fue sacrificado a golpes de hacha al pie del Capitolio Nacional y que fue mi amigo. Por desventura, mis capacidades para ello no se han hallado nunca a la altura de mi buena intención, y aunque en tales testimonios he expuesto la totalidad de mi pensamiento y de mi sentimiento, todo ello no merece repetición ni segunda versión. Al ocupar su silla, en este señalado momento, sólo me detendré en aspectos secundarios de su múltiple y esforzada personalidad.

Los hombres de acción a que me referí atrás, no podrían acusar a Uribe Uribe de inerte, porque en una semana de tal profesor de energía, hay más acción que muecas de ellos en veinte años. No hubo minuto en la vida de Uribe Uribe, que no estuviera lleno de pensamiento, de palabra o de acto. Toda su vida la organizó con método inflexible para no perder tiempo ni esfuerzo, para extraer de cada instante o diligencia su máximo rendimiento. No jugaba, no bebía alcohol, no fumaba, no usaba modificadores del yo: en primer lugar, porque le gustaba más su yo propio y normal, que su yo modificado; en segundo lugar, porque pretendía mantener siempre absoluto control sobre Rafael Uribe Uribe. Cuidaba mucho y sistemáticamente de su

salud y de su cuerpo: régimen alimenticio sobrio y sano, baño y ejercicios, no sólo para evitarse padecimientos, sino para mantener el organismo, morada de su espíritu, bien dispuesto, listo y ágil para la obra. Así la vaina protectora de la hoja toledana para que ésta se mantenga también limpia, tersa, elástica y afilada. *Mens sana in corpore sano*. Pero para no convertirse en máquina de rendimiento registrado, le reservaba buena parte de su existencia al amor exclusivo de los suyos, de su hogar impoluto. Bromeábamos algún día y le dije: «su principal defecto es que usted es demasiado higiénico y demasiado cronométrico». «Es, respondió, porque debo hacerle producir a mi vida todo lo que pueda dar, porque puedo morir de golpe, y nada he hecho». ¿Presentía su fin? Pero su existencia fue más intensa y más fecunda que cinco largas vidas ordinarias.

En mis peregrinaciones por la América del Sur, he tropezado siempre con su recuerdo, así en Lima y Santiago de Chile, como en Buenos Aires y Río de Janeiro. Naturalmente, ya han muerto los que conocieron y recordaban a Joaquín y Tomás Mosquera, al General Obando, a Florentino González, a Manuel Ancizar, a Jorge Isaacs, a Próspero Pereira Gamba, a Teodoro Valenzuela, a José María Samper, a Ricardo Becerra. De los colombianos que ya no viven, el recuerdo único de admiración y simpatía que por allá guardan, es el de Rafael Reyes y el de Rafael Uribe Uribe: ¡qué magníficas muestras de la viril personalidad colombiana!

No hubo campo para Uribe Uribe de humana actividad que le fuera desconocido y en el cual no hubiera penetrado con su singular adaptación y su consagrado empeño. Por tratarse de una obra muy conexas con las labores especiales de este Instituto, debo referirme a su interesante diccionario de galicismos, provincialismos

y correcciones del lenguaje, con trescientas notas explicativas, por Rafael Uribe Uribe, que publicó en Medellín en 1887, para aprovechar como siempre el tiempo, pues fue concebido y adelantado en la cárcel a que fue reducido por muchos meses, a causa de sucesos de la guerra civil de 1885. Ese trabajo es digno de la mayor atención, por la labor que implica, el acopio de datos, su ordenación y método. Bien vio más tarde que ese su trabajo merecía una revisión y mayor desarrollo; justamente se proponía hacerlo como contribución suya a las labores de esta Academia. Sería de desearse que uno de los próximos empeños de ésta, fuera realizar algo en tal sentido, por medio de los eminentes especialistas que honran esta sabia corporación.

Uribe Uribe, sobre todo, fue un colombiano. Nada de exótico en su naturaleza. Su cultura extranjera la digería, la asimilaba y la colombianizaba. Admiraba mucho la filología de un Rufino José Cuervo, de un Sanín Cano, de un Casas Manrique, es decir, el conocimiento hondo, filosófico, comparado de las lenguas humanas en sus orígenes, en su evolución, en su índole, en su genio y en su manifestación máxima, o sea, en su literatura.

Admiraba mucho menos la facilidad portentosa de Pérez Triana para hablar *fluently* toda clase de idiomas y dialectos. Tal predisposición, en su sentir, no era señal cierta de facultades intelectuales de primer orden, ni de recia y castiza personalidad. Participaba a ese respecto de las ideas del maravilloso Fadrique Méndez: «Un hombre sólo debe hablar con impecable seguridad y pureza la lengua de su país, todas las otras las debe hablar mal, orgullosamente mal, con aquella pronunciación mutilada y falsa que denuncia en seguida al extranjero. El políglota no es nunca patriota, no puede serlo. Con cada idioma ajeno que se asimila, introdúcese en el organismo moral modos ajenos de pensar,

modos ajenos de sentir. Al cabo de los años, ese habilidoso que llegó a hablar absolutamente bien otras lenguas además de la suya, perdió toda originalidad de espíritu, porque sus ideas forzosamente han de tener una naturaleza *incarácterística* y neutra que les permita ser indiferentemente adaptadas a las lenguas más opuestas en carácter y genio. Hablemos mal, patrióticamente mal, las lenguas de los otros. Aun a los extranjeros, el políglota sólo les inspira desconfianza como ser que no tiene raíces ni hogar estable».

Uribe Uribe no fue un políglota, como cualquier agente viajero comercial o como cualquier *Maitre d'hotel*.

Leía bien, comprendiendo a fondo el texto y apreciando el estilo, en inglés, francés, italiano y portugués; y esto le era suficiente, mas no sabía expresarse en ellos. Opinaba como otros, que las lenguas extranjeras son apenas instrumentos de adquirir nociones e ideas. Pudiendo leer en sus propios idiomas a Shakespeare y Dickens, a Voltaire y Renan, a Manzoni y D'Annunzio, a Castello Branco y Eça de Queiroz, pudiendo entender el teatro, las conferencias y la prensa, bien podía, en países extranjeros, dejarle a los criados que le pidieran la comida y le compraran las corbatas.

Repito: fue sobre todo un colombiano. De él puede decirse con igual exactitud y justicia, lo que dijo Arturo Farinelli de Menéndez y Pelayo: *«La voce sua era come la voce di un popolo intero; nel suo cuore era il palpito del cuore dei milioni»*.

El último período de la intensa vida de Uribe Uribe, pudo ser el menos ruidoso, pero fue el más fecundo. Sin olvidar su causa política, o más bien para servirla mejor, concentró sus grandes capacidades y sus grandes energías al servicio de la patria integrada y a la solución de sus problemas comunes. En *El Liberal*, en el Congreso y especialmente en la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores no se preocupó ya que el Estado

estuviera aún gobernado por sus adversarios. Lo primordial era tranquilizar a Colombia, para que entrara a resolver en forma eficaz y definitiva sus graves cuestiones internacionales y económicas. Lo demás vendría por añadidura. Esta cooperación leal del liberalismo lo adelantaría más que una oposición sistemática en el camino del poder, pues no sólo se dignificaba y se capacitaba para ello ante el concepto de los pueblos, sino que engrandecía y sanificaba el país que pronto le tocaría en suerte gobernar.

Esa obra de cooperación es hoy aún más imperativa que en ese entonces. Lo que el estado del país exige no es política de vivezas sino política de reconstrucción; no es política de empujones sino política de serenidad; no es política de imposición sino política de asentimiento.

El país atraviesa una zona de tempestad donde puede naufragar, porque los que dicen que las naciones son inmortales no saben lo que dicen. Sin meternos con los imperios antiguos, de los cuales no quedan sino monumentos en ruinas, debemos recordar que el imperio romano desapareció y el imperio de Carlos V, la España como señora del mundo, también desapareció. Queda el territorio, pueden quedar casas y hombres, pero lo que resta, no fue lo que existió. De Colombia, la de la noble historia, puede no quedar luego sino varias republiquetas antillanas, o varias colonias y protectorados, en los cuales de seguro se verán carreteras asfaltadas, y muy buenos servicios de policía e higiene, pero la excelsa alma nacional con sus cualidades y sus defectos, con sus aciertos y sus errores, la que fueron formando Camilo Torres y Santander, Mariano Ospina y Manuel Murillo, Aquileo Parra y Rafael Núñez, Santiago Pérez y Miguel Antonio Caro, Rafael Uribe Uribe y Marco Fidel Suárez, Benjamín Herrera y José Vicente Concha, la cual no es perfecta, pero es

la nuestra, puede interrumpir, desvaneciéndose, su vida colectiva, tanto por un cataclismo sideral, como por una crisis económica, o por una guerra civil.

En la travesía de esta zona de tempestad, el barco nacional no tiene otro imperativo categórico que recoger velas, tapar las vías de agua, afirmar el timón, y ejecutar todos, acordes y disciplinados, la maniobra del comando. Cuando estemos en puerto seguro o en mar calmada, podemos disputarnos la goleta o querellarnos a bofetones. Porque, si en vez de hacer aquello, nos ponemos a horadar el casco o a amarrar al capitán, alistemos de una vez los salvavidas.

Si las tres más poderosas estructuras políticas del siglo XIX, a saber: el imperio de los Zares, el sacro imperio de Austria-Hungría y el imperio prepotente que creó Bismarck, fueron modificadas por el curso del tiempo y de los sucesos, no sólo en su forma externa, sino hasta en sus fundamentos vitales, no es posible que los dos partidos históricos colombianos se hayan mantenido incólumes, impermeables, momificados, y que continúen siendo en época tan distinta y tan avanzada, el partido del Padre Margallo y el partido del General Navarrete. A los dos partidos históricos colombianos no les cumple hoy otra brega que la del salvamento común, en cooperación con el gobierno para solucionar los problemas internacionales, económicos y fiscales de la hora presente.

A esa cooperación salvadora e ineludible se oponen dos tendencias: la de viejos reatos y querencias partidistas que al buscar los procedimientos y los hombres apropiados para el momento y para la cosa, no determinan la elección de unos y otros por su conveniencia visible o por sus capacidades y actitudes innegables, sino por sus relaciones posibles o probables con el breviario del Padre Margallo o con la cartuchera del General Navarrete. El otro impulso que puede estorbar la oportuna y apropiada solución de nuestros problemas, es la generosa y natural impaciencia de las juventudes

de ambos partidos. Una y otra pretenden resolver de una vez, en forma global y radical, desde sus distintos puntos de vista, el problema político, social, económico e internacional en todas sus faces y en todas sus consecuencias, ignorando, sin duda, que en las actividades humanas, si hay obra lenta, muchas veces secular, es la obra del progreso social y político. Las libertades inglesas son el resultado de la labor lenta pero constante de siete siglos, porque los frutos exquisitos maduran lentamente, según Shopenhauer.

Es preciso no retroceder nunca, ni tampoco permanecer estacionarios; es preciso adelantar siempre, pero no a empujones. No se madura magullando.

Y es digno de anotarse que los dos exponentes auténticos y eminentes del patriotismo colombiano, cuyas figuras he pretendido definir, concluyeran ambos sus intensas jornadas de lucha, con el mismo olvido de la fracción, para no pensar sino en el total: la patria por encima de los partidos. Esto parece una advertencia, o un consejo, o una orden que nos dejaron.

Principiemos esa cristiana empresa de unirnos todos en el seno de la madre común, enviando desde esta vieja casa, parte integrante del corazón del país, en la cual fraternizan todas las opiniones y todas las doctrinas, una voz de confianza a los ilustres compatriotas que en la mirífica capital del Brasil representan hoy el alma colectiva de Colombia.

Y he dicho.

